

HELADA SANGRE AZUL

YURI BUIDA

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE YULIA DOBROVLSKAYA



TÍTULO ORIGINAL: Синяя кровь

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Valderribas 12, 5º Centro-Derecha - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © 2011 by Yuri Buida
© de la traducción, Yulia Dobrovolskaya, 2015
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2015
© de la ilustración de cubierta, Iban Barrenetxea, 2015

Este libro se ha publicado con la colaboración de la Fundación Mikhail Prokhorov y su Programa de Ayuda a la Traducción de Literatura Rusa, TRANSCRIPT.

The publication was effected under the auspices of the Mikhail Prokhorov Foundation TRANSCRIPT Programme to Support Translations of Russian Literature



transcript

Derechos exclusivos de traducción en lengua española:
Automática Editorial S.L.U.

ISBN: 978-84-15509-29-5
DEPÓSITO LEGAL: M-32372-2015

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: Noviembre de 2015

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

HELADA SANGRE AZUL

YURI BUIDA

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE YULIA DOBROVLSKAYA



El reloj de la Africana dio las tres de la madrugada justo cuando la vieja se deslizó fuera de la cama, enfundó los pies en las pantuflas, se puso su estrambótico sombrero y el abrigo negro, pesado como el plomo, que le llegaba hasta los talones (las señoras de bien no tienen piernas), abrió de par en par la ventana y liberó de la cajita de cerillas a Jesucristo Nazareno, Rey de los Judíos, Señor y Salvador nuestro y *Stomoxys Calcitrans*.

Cada otoño, Ida atrapaba a una mosca adormecida (en ocasiones eran ejemplares de *Musca Domestica*, pero más a menudo de *Stomoxys Calcitrans*), la encerraba en una cajita de cerillas y la llevaba a la oficina de correos. Allí envolvían la cajita en un papel basto de color marrón y la lacrababan. La vieja escribía con esmero su dirección, luego el director de la oficina, el señor Jamelgo, escondía el diminuto paquete dentro de la caja fuerte, donde se quedaba hasta la primavera en compañía de una ristra de ajos, una botella de vodka empezada, una sardina seca y una lata de betún negro. Al llegar abril, la jorobada Tía Ancas llevaba a Ida el fragante paquetito. En señal de gratitud, Ida le ofrecía a la carterera un vaso de su explosivo aguardiente casero y una galleta salada. Al llegar la noche del domingo de Pascua, Ida sacudía la cajita para sacar a la mosca y esperaba pacientemente hasta que el bicho, en la palma de su mano, volvía en sí. El insecto recorría la mano cayendo en los largos y profundos surcos del destino de la vieja,

escalaba el monte de Saturno en la base del dedo índice, amarillento por el tabaco, se detenía unos instantes y, de pronto, las pequeñas alas centelleaban y la mosca se lanzaba hacia la ventana abierta y desaparecía de su vista.

«Cristo ha resucitado —susurraba Ida acompañándola con la mirada—. ¡En verdad, ha resucitado!».

Tal era su rutina anual, pero no esa noche. Esa noche la mosca se arrastró a duras penas sin desplegar las alas. Probablemente el clima la disuadió: llovía a cántaros, soplaba el viento, hacía frío. Ida devolvió el insecto a la cajita, la guardó en el bolsillo, cerró la ventana y salió afuera.

Entre su casa y la plaza no había más de trescientos metros. Normalmente, Ida recorría ese camino en diez minutos o incluso menos. Pero esa vez todo fue diferente. Las farolas a lo largo de la calle desvencijada no estaban encendidas, la lluvia caía sobre el pavimento resquebrajado, los arcones estaban cubiertos de lodo, la cuesta parecía especialmente empinada, las pantuflas se perdían a cada paso, el fuerte viento se abatía sobre ella y le abría los faldones del pesado abrigo impidiéndole mantener el equilibrio. A medio camino se cayó de rodillas, perdió una pantufla, el viento le arrebató el sombrero e Ida se presentó en la plaza descalza, con la cabeza descubierta y el abrigo desabrochado.

La plaza estaba desierta. En el centro se alzaba la monstruosa boca negra del pozo viejo, rodeado de los casi derruidos canalones de piedra del abrevadero. Alrededor estaban: la Iglesia de la Resurrección, la farmacia con los enanos conservados en alcohol expuestos en el escaparate, el restaurante «El Perro de Pávlov», la jefatura de policía, Correos, los almacenes comerciales (El Pabellón de piedra), El Transformador (una estatua de Pushkin sosteniendo un farol con una mano extendida), la Casa Alemana (un hospital construido en 1948

por los prisioneros de guerra alemanes) y, más allá, detrás del hospital, en medio de la húmeda y temblorosa oscuridad, se adivinaba el tejado del crematorio con un ángel de cobre en lo alto de la chimenea.

Ida recobró el aliento y, cojeando más de lo habitual, se dirigió a la jefatura de policía. Subió al porche y golpeó la puerta, que se abrió al instante. En la entrada estaba el jefe de la policía, el mayor Pan Parátov. Respirando con dificultad, la vieja dio un paso hacia Parátov, alargó la mano, abrió la boca como intentando decir algo y se desplomó; Parátov apenas tuvo tiempo de sujetarla.

El borracho de Lumínium fue quien llevó el cuerpo al hospital en su carretilla. Era la misma carretilla que usaba para repartir sacos de azúcar, carbón y estiércol entre las ancianas; así se pagaba una botella de vodka o, al menos, un vaso de aguardiente casero. Los días de mercado, los vendedores que llegaban a Chúdov desde sus aldeas para vender tocino o patatas, se peleaban por la carretilla. Lumínium llamaba a su carretilla «la bala» y nunca la limpiaba; el olor que desprendía era tan característico que servía para localizar a su dueño cuando, después de una juerga, dormía a pierna suelta bajo algún matorral.

Lumínium empujaba la carretilla de la que colgaban los pies descalzos de la vieja; detrás corría la jorobada Tía Ancas con la pantufla de Ida en las manos.

En el patio de la Casa Alemana, el doctor Áspius, un glotón de panza inabarcable que siempre llevaba entre los dientes un palo torcido que él llamaba pipa, ya esperaba a Ida. Llevaron a la anciana a la sala de ingresos. La cicatriz comenzaba en la frente, pasaba apenas visible por encima de la ceja izquierda, se deslizaba por la mejilla y partía el labio. Antaño

tenía que esconderla debajo de capas de maquillaje, pero las arrugas del viejo rostro ya eran más profundas que la antigua marca. De su cuello, en vez de un crucifijo, colgaba una llave ennegrecida por el tiempo; en el bolsillo encontraron la cajita, dentro estaba la mosca. El doctor asintió con la cabeza, el personal sanitario colocó una sábana encima del cuerpo y se la llevaron.

2

Lo que le ocurrió a Ida Zmoiro no sorprendió a nadie. Todos los habitantes del pueblo sabían que era por culpa de las «tórtolas» y solo de las «tórtolas».

Con el sobrenombre de «tórtola» se denominaba a la niña que, siguiendo la tradición local, encabezaba la procesión fúnebre con un pájaro en las manos. El camino de la iglesia hasta el crematorio duraba tan solo diez minutos, por lo que hacía tiempo que para alargar la despedida la gente había inventado una ceremonia especial. El cortejo fúnebre (delante iba el enano Karl, con sus botas de la suerte y un icono religioso en las manos; lo seguía el viejo Cuádrigo con sus monstruosas botas, arrastrando por la brida al caballo negro que a su vez tiraba del carruaje que llevaba el ataúd; detrás, vestidos de negro, seguían los familiares y amigos del difunto entonando *Memoria Eterna*) daba tres vueltas a la plaza pisando el azúcar esparcido por el suelo (cuando el cortejo era nupcial, echaban sal). Recortada entre la muchedumbre de luto caminaba una niña vestida de blanco, la cabeza cubierta con un pañuelo del mismo color, sosteniendo una paloma también blanca. Después el cortejo se dirigía al crematorio, encima de cuya entrada destacaba una inscripción en letra gótica: «*Feuer macht frei*». Cuando el ataúd se sumergía en las llamas y arriba

comenzaba el canto monótono del cuerno del ángel de cobre, la gente se apartaba liberando espacio para la niña con el pájaro blanco. Ella esperaba el momento del silencio absoluto, se ponía de puntillas y levantaba las manos para liberar a la paloma. En ese instante todas las miradas se fijaban en la niña de blanco, tan joven, tan tierna, tan bella; ella bajaba las manos en un gesto suave e inclinaba la cabeza, el pañuelo blanco ocultaba sus mejillas ardientes. A su vez la paloma, después de dar un par de vueltas por el escaso espacio de aire sofocado por el aceite de máquina y el tufo de la gente, volaba por la ventana hacia fuera, se elevaba al cielo, adelantando al humo negro que echaba la chimenea...

Todas las madres de Chúdov soñaban con que sus hijas interpretasen ese papel al menos una vez en la vida: con un vestido blanco y la paloma blanca en las manos, ante la mirada de la ciudad entera. Ida Zmoiro dirigía el centro de danza donde, entre otras cosas, las niñas aprendían el papel de la tórtola. Les enseñaba a mantener la espalda estirada, a moverse correctamente, a meterse en el papel. La vieja Zmoiro había sido actriz en su tiempo, una actriz de verdad, galardonada con el premio Stalin, y había actuado en películas y obras teatrales; las madres apuntaban a sus hijas al centro: con ella podían aprender muchas cosas.

Pero, de repente, las niñas comenzaron a desaparecer.

La primera tórtola desaparecida fue Lisa Dobíchina. Sus padres se dieron cuenta al anochecer, cundió el pánico, los papás recorrieron las casas de los familiares, las mamás gritaban y lloraban, alguien dijo que habían visto a Lisa en la orilla del río. Entonces Víctor Dobíchín, el padre de la pequeña, reunió a los hombres y se pasaron la noche rastreando la orilla; después, desde los botes peinaron el río con pértigas, pero no encontraron nada.

De madrugada, Lumínium, borracho como de costumbre, descubrió las zapatillas de Lisa encima de la tapa del pozo cuya boca sobresalía en mitad de la plaza central. Ahí es donde la gente dejaba los objetos perdidos: paraguas, fundas, guantes; por eso Lumínium no se sorprendió en absoluto al ver allí aquel calzado. Unos zapatos blancos, abiertos, de tacón bajo. Por si las moscas, Lumínium pasó por la comisaría e informó de su hallazgo al teniente Corazones. Cuando Nina Dobíchina vio los zapatos lanzó un grito y se desmayó. El jefe de la policía Pan Parátov guardó los zapatos en la caja fuerte.

Dos días más tarde, desapareció Ania Shakírova. La mañana del día siguiente a su desaparición, en la tapa del pozo estaban los zapatos de la niña. Después en el mismo sitio encontraron los zapatos de Lola Kuznetsova, una niña gitana.

La gente, aterrorizada, evitaba acercarse al pozo. En las tiendas, en el colegio, en los baños públicos, en el restaurante «El Perro de Pávlov», no se hablaba de otra cosa que de las chicas desaparecidas y del asesino en serie. Los padres cerraban a sus hijas en casa. Chicha, una borracha alocada, madre de un montón de niños de padres desconocidos, solo permitía a sus pequeños que jugasen en la calle si iban atados: cada niño sujetaba a un hermano también atado, las cuerdas se enredaban, los pequeños caían, chillaban, pero la madre se mantenía inexorable. Los hombres desempolvaban los rifles de los trasteros. Pan Parátov pidió a la población que no saliera de noche a no ser que fuera completamente imprescindible.

El loco del pueblo, Bufón Newton, era un vejestorio de aspecto miserable que llevaba siempre unos pantalones demasiado cortos y portaba una silla en las manos mientras vociferaba durante días enteros: «¡Cartagineses! ¡Está aquí! ¡Ha vuelto, cartagineses!». Siempre gritaba lo mismo, aunque esta vez nadie se reía de él porque aquello de veras había vuelto, aquello ya estaba allí.

Los primeros zapatitos, los segundos, los terceros...

Chúdov estuvo literalmente repleto de detectives moscovitas que entrevistaban a los padres de las niñas desaparecidas, a sus familiares, a sus vecinos, a los vendedores de las tiendas nocturnas y hasta a los tipos más extravagantes, como al borracho de Lumínium. Sin embargo, nadie pudo aportar nada útil. La policía puso patas arriba la ciudad y los alrededores: todo fue en vano. En todos los postes colgaron fotocopias de las fotografías de las tórtolas sonrientes.

Según se rumoreaba en el pueblo, la desaparición de Zhenia Ábeleva fue para Ida la gota que colmó el vaso. Justo entonces la vieja confesó al jefe de la policía, el mayor Parátov, que había oído llamar a su puerta la noche en que desapareció la primera muchacha.

El reloj de la casa Africana acababa de dar las tres de la madrugada cuando la vieja se levantó, bajó a la planta inferior y abrió la puerta, pero no había nadie fuera. Entonces pensó que se lo había imaginado. A veces le ocurría. Pero dos días más tarde, cuando desapareció Ania Shakírova, otra vez llamaron a la puerta. Y en esa ocasión seguro que no hubo ningún error, Ida escuchó claramente la llamada: toc-toc-toc, pausa, toc-toc-toc, pausa, y otra vez el toc-toc-toc. Sonaban tan fuertes que más que golpes parecían truenos. Salió al porche, pero de nuevo no encontró a nadie. Tal como estaba, con el abrigo puesto, el sombrero y las pantuflas, caminó hacia la plaza y vio las zapatillas de Ania Shakírova encima de la tapa del pozo. La vieja, no obstante, no supo entender por qué se había dirigido a la plaza y en aquel momento no percibió ninguna relación entre la llamada a su puerta y la desaparición de la tórtola.

Pasados cinco días, escuchó otra vez que llamaban a su puerta, caminó hasta la plaza y encima de la tapa del pozo encontró los zapatitos de Lola Kuznetsova, la gitanita; fue en-

tonces cuando la vieja comprendió que los golpes en la puerta no eran casuales, que estaban destinados a ella, que eran un aviso, un desafío. Desaparecían las tórtolas y querían que Ida Zmoiro fuera la primera en saberlo.

—Cada noche espero que llamen a mi puerta —dijo la vieja—. Cada noche pienso en la siguiente niña...

Y eso fue lo que la derrumbó.

Hacía mucho tiempo que un funeral en Chúdov no reunía a tanta gente. Miles de personas se han presentado en la plaza central pavimentada con las balas de cañón de veinticuatro libras, cubierta de azúcar según la vieja tradición. Al son desgarrador de la fanfarria han entregado el cuerpo de la anciana a las llamas. El asistente del crematorio, Cofrade Febrero, se ha mantenido siniestro e imponente como siempre, el bordado plateado de su mandil de piel brillando hiriente como los rayos de sol. En lo alto de la chimenea el ángel de cobre canta su canción pura y nítida que acompaña al alma de Ida Zmoiro hacia el cielo...

Después del funeral muchos acuden al restaurante «El Perro de Pávlov» para honrar la memoria de la vieja. Ha venido el doctor Áspius, el farmacéutico Sívers, el jefe de la policía Pan Parátov, la curandera y bruja Lechona Ivánovna, Scarletina la flaca con su hijo Goribaba que, dada la ocasión, se ha puesto una asombrosa corbata con un retrato de una Margaret Thatcher muy pechugona, el jefe de la oficina de correos Jamelgo, el fiscal anciano Shvili con su esposa Agujita, el loco de la ciudad Bufón Newton con su silla personal, la dueña del restaurante Sangüesa cargando sus ciento sesenta kilos, la jorobada cartera Tía Ancas, Dora la de las SS, el enano Karl con sus botas de la suerte, el anciano chalado Shtop, su hija Camelia la Cien Pisos, su marido Guena el Cocodrilo, el borracho Luminium, la sordomuda empleada de los baños públicos Nimú,

el viejo Cuádrigo con sus botas monstruosas, la familia Cozaciones, los policías, peluqueros y violinistas, la directora del colegio Cicutu de León, la bella y boba Lila Fímochka, y todos los miembros de la familia Barrigón: Nikolái, Mijaíl, Iván, Serguéi, Elena, Ksenia, Galina (que ha venido arrastrándose de la mano de su marido el gitano), Constanca (¡que el diablo se la lleve!), Feofiláktovna Barrigón —Mirwald— Ogly...

Durante la comida de exequias, de pronto han reparado en lo poco que sabían sobre Ida Zmoiro. Mucho menos que acerca de cualquier otro habitante de Chúdiv. Y es que sobre los demás lo sabían casi todo. Sabían que el borracho Lumínium se jactaba de tener un miembro viril provisto de uña, lo cual aseguraba su infalible éxito con las mujeres; en realidad solo triunfaba con Nimú, la sordomuda empleada de los baños públicos. Que la mujer del doctor Áspius tiene una cola como la de un puerco. Que el farmacéutico Sívers es adicto a los enemas de vodka. Que el sacerdote Dmitri Cazaalmas tiene miedo a las arañas. Que la bisabuela de Nina Kasárinova murió de vergüenza después de tirarse un pedo en una cena de gala. Que la dueña del restaurante Sangüesa añade gallinaza al aguardiente casero. Que la directora del colegio Cicutu de León suelta palabrotas como un carretero mientras duerme. Que Anna Ajmátova nunca escribió poesías porque pasó toda su vida vendiendo pescado salado en el Pabellón de piedra. Que Hitler era el hermano bastardo de Stalin. Que el vodka se hace de gasolina. Que las sirenas no fuman. Que el sol nace por el Este y se pone por donde debe. Que dos por dos son cuatro.

Pero la vieja Zmoiro, incluso muerta no deja de ser un enigma. Tenía más de ochenta años y, sin embargo, solo una vez había acudido al médico, al darse cuenta de que no era capaz de arreglar por sí misma un problema de incontinencia urinaria. No tenía más dolencias. Desayunaba un plato

de papilla de avena a base de agua y sin sal, cenaba un vaso de cuajada con un grano de pimienta negra. Fumaba diez cigarrillos al día y a veces, durante la comida, tomaba una copa de aguardiente. Cada día realizaba caminatas kilométricas por los bosques, recta como un disparo, envuelta en el abrigo pesado que le llegaba hasta los talones y siempre con el sombrero puesto. Nadie la había visto llorar, nadie la había oído quejarse.

Siempre interpretó el papel de mujer paciente y firme como un yunque. El mentón levantado con soberbia, la mirada al frente, la mente lúcida. Nunca pisó los baños públicos, prefería asearse en casa con un cántaro. Jamás se unió a las mujeres al alba del Jueves Santo, cerca de la orilla pura, para chapotear en el agua helada y limpiarse los pecados en víspera de la Pascua. Esquivaba a las multitudes. En las tiendas la estafaban desvergonzadamente, con provocación y malicia, pero ella nunca entró al trapo con los vendedores que esperaban que ella perdiera los estribos, gritara, se quejara y así disfrutar de su humillación. Vanas esperanzas. En los entierros de sus seres queridos, no se le escapó ni una sola lágrima. Nunca preguntó al empleado del crematorio cuánta ceniza se había recogido al incinerar a un difunto. Los demás siempre preguntaban. La gente se sentía orgullosa de que el fiambre de un ser querido hubiera dado de sí cuatro libras mientras que el de los vecinos apenas había sumado tres (en Chúdov siempre medían en libras la lana de oveja y las cenizas). Ida en cambio recogía en silencio la urna cineraria y se iba a casa sin volver la vista, recta como un disparo, la mirada altiva. Ni un suspiro, ni una lágrima.

En Chúdov sabían que Stalin la había castigado por haberse casado con un extranjero, la había apartado del cine y del teatro, le había prohibido vivir en Moscú. Ella lo había perdido todo. Pero si intentaban mostrarle compasión, si la

llamaban pobre y desgraciada, ella respondía con una sonrisa glacial: «La felicidad engorda». Por alguna razón, ante su presencia la gente se sentía cohibida, incómoda. Incluso en su casa siempre calzaba zapatos de tacón alto. ¡Y eso a sus ochenta y pico años! ¿Acaso era una mujer común? ¡No! Era una forastera. Un ser de otro mundo.

Actriz, marido extranjero, Stalin, la escuela de tórtolas... Alguien ha mencionado a su padre aristócrata, el comandante del Primer Batallón de la Guardia Roja Jesucristo Nazareno, Rey de los Judíos, y a su madre la prostituta; otro ha recordado a su tercer marido, el general, el cual fue proclamado enemigo del pueblo y fusilado poco antes de la muerte de Stalin...

Intentaron recomponer su imagen como si fuera un puzzle, pero el resultado era el mismo: una mujer extravagante, soltera y arrogante, rica y famosa en su día, pobre y miserable después... Adiestraba a las tórtolas, tomaba la leche cuajada con pimienta negra, fumaba diez cigarrillos al día...

—Bueno —el doctor Áspius se levanta para brindar cerrando así la velada—, era actriz, aunque no sabemos mucho de sus personajes. Lo que sabemos seguro es que triunfó en un rol, el de Ida Zmoiro, la actriz.

Todos se levantan y beben en memoria de Ida Zmoiro, la actriz. Lo han hecho tal y como es debido en una comida de exequias: en silencio, sin brindar.